

PRECIOS

| MADRID | |
|--------------|--------|
| Tres meses.. | 9 rs. |
| Seis id. | 16 » |
| Un año. | 30 » |
| PROVINCIAS | |
| Tres meses.. | 10 rs. |
| Seis id. | 18 » |
| Un año. | 34 » |

NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS.

DIRECCION,

Plaza de Matute, núm. 2.



PRECIOS

| EXTRANJERO | |
|---|--------|
| Tres meses.. | 22 rs. |
| Seis id. | 38 » |
| Un año. | 74 » |
| Francia.—Pueden hacerse las suscripciones enviando á esta Administracion el importe en sellos franceses del correo. | |
| Se suscribe en la Habana: Propaganda literaria, calle de O'Reilly, núm. 54. | |
| AMÉRICA | |
| Seis meses.. | 38 rs. |
| Un año. | 70 » |
| FILIPINAS | |
| Seis meses.. | 60 rs. |
| Un año. | 100 » |

ADMINISTRACION,

Plaza de Matute, núm. 2.

COSAS DEL DIA.

Pues señor, el verano va ya de capa caída, como la situacion progresista y la estatua de Mendizábal.

Afortunadamente, lo hemos pasado sin que el petróleo, en buena hora lo digamos, nos chamusque el pelo y nos deje sin casa ni hogar.

Los señores de *La Internacional* no tienen todavia terminados todos los preparativos de la funcion, y esta y no otra ha sido la causa de que todavia no se haya efectuado la primera representacion, porque por lo demas, el gobierno no hace nada por evitar las hazañas de la famosa sociedad. Como es tan liberal, dice el gobierno que hasta que *La Internacional* haga alguna que sea sonada, no puede él reprimir á *La Internacional*.

Yo creo que ya es bastante hacer eso de decir que se quiere abolir la familia, la propiedad, la religion; pero al gobierno le parece que estos propósitos no son muy alarmantes. Si se tratara de restablecer la sociedad de San Vicente de Paul para socorrer á los pobres, ya sería otra cosa. Eso sí que lo vería con malos ojos el gobierno liberal, bullanguero y pirotécnico que nos rige.

Dicese que *La Internacional* hace muchos prosélitos en España.

Yo me atrevo á dudarlo, porque me parece imposible que los nietos de aquellos indomables y valientes españoles que abatieron el orgullo del extranjero, y siempre tuvieron prontas sus vidas para darlas por la independencia de la patria, se hagan ahora mulos de reata de arrieros ingleses, franceses é italianos, que son los fundadores de esa asociacion internacional, á los cuales les importa tanto la felicidad y ventura de los trabajadores españoles, como á mí que le saquen tres muelas á Victor Manuel, pongo por caso.

Pero ellos son así; quieren armar jaleito en todas partes, tienen ese gusto, y los gobiernos y el público, en lugar de considerarlos, pensando piadosamente, como locos de remate, han caido en la insigne tontería de creerlos unos hombres políticos como otros cualesquiera.

Vayan Vds. á visitar una casa de orates, y allí encontrarán muchos que, si estuviesen fuera del asilo, podian hombrearse con los de *La Internacional*, y á nadie se le ocurre pensar que aquellos locos tienen opinion politica, sino que han perdido la chaveta.

Pues ¿qué diablo de privilegio tienen los internacionalistas para que no se les trate como locos, es decir, como lo que son?...

Si yo digo en mi casa un dia de estos que voy á re-

partir los muebles entre los vecinos, que mi criada es e número 808 de Móstoles, y que al vecino de enfrente, que es más rico que yo, le voy á dar una mano de petróleo por lo fino para quemarle la casa de su propiedad, cuya propiedad debia ser del escarolero de la salchichería de enfrente, y que mi abuela no es mi abuela, es seguro que mi familia se apresuraria á llamar al médico para que me reconociera, y acaso del reconocimiento saldria yo para Leganés.

Pero cosas por el estilo las digo en una hojita suelta, y ya me tienen Vds. convertido en un hombre importante, á quien se dirigirán los jefes de *La Internacional* llamándome de tú, y dándome mi papelito en la primera representacion que dé la sociedad.

Por lo demas sería cosa de ver un pais donde dominara *La Internacional* triunfante.

Los ricos que no hubieran podido emigrar se dedicarían para ganar de comer, si se estilaba pagar á alguien, á pegar carteles de esos que empiezan con ¡Alto! dando el quien vive al transeunte, ó á hacer gorros frigos y venderlos al por menor en la plaza pública; abolida la propiedad, se entraria uno en la casa que mejor le pareciese á dormir, y así como ahora el deudor huye del acreedor, entónces el acreedor sería el que huyera del deudor, y

te algunos instantes. Despues, y sin hacer caso de la sorpresa que producía, se aproximó á Blanca, le tomó una mano y exclamó:

—¿Por qué estais en este retiro oculta á las miradas de todo el mundo, cuando sois su más precioso adorno y debiais recibir los homenajes de todo el universo?...

—Dispensadme, caballero, pero no os comprendo, respondió Blanca.

—Yo tampoco comprendo, balbuceó Margarita, mirando al marques.

—¡Tanto mejor, encantadora jóven! respondió el marques á Blanca, sin prestar atencion á las palabras de Margarita. ¡No me han engañado!... Es la inocencia misma, es el candor personificado unido á la mayor hermosura y á las más seductoras gracias...

—Pero, caballero, ¿es eso lo que M. Touquet os ha encargado que me digais?...

—¡No, hermosa Blanca, no! dijo el marques, reteniendo entre las suyas la mano de Blanca á pesar de que ésta trataba de retirarla.

—¡Pues es menester que os expliqueis, caballero! dijo Margarita con sequedad; hace un cuarto de hora que estais aquí, y todavia no habeis dicho por qué habeis venido. Es muy tarde y no tenemos costumbre de estar levantadas á estas horas.

—Pues idos á acostar, buena vieja; yo acompañaré á esta hermosa jóven hasta que venga Touquet.

—¡Que os deje solo con mi querida Blanca! exclamó Margarita, á quien la palabra *vieja* habia hecho perder la paciencia; no, no, señor, me guardaré muy bien de hacer tal cosa... vuestro traje bordado y vuestros brillantes no me inspiran ninguna confianza... Tomad, tomad vuestro oro, no lo quiero, porque empiezo á sospechar que vuestras intenciones no son muy buenas, y yo no secundaré nunca los proyectos de un seductor, aunque fuera un duque ó un príncipe y me ofreciera las minas del Perú.

El marques se contentó con encogerse de hombros sin volverse hácia donde se encontraba Margarita, y quitándose despues la capa y el sombrero se sentó cerca de Blanca como un hombre que no se halla dispuesto á irse.

Blanca estaba sorprendida y temblorosa, y fijaba sus ojos en Margarita como suplicándola que no la dejase sola, y la anciana, á quien la conducta del desconocido inspiraba serios temores, se esforzaba en aparecer tranquila, y murmuraba con voz entrecortada por el terror:

—No tengais cuidado, hija mia, aquí estoy yo... no me voy, no, y pre-

—¡Lo mismo me pasa á mí! dijo Blanca; ¡me parece que la noche no llega nunca!...

—Hace algunos dias que no veo á M. Touquet, dijo Urbano.

—Pues tampoco le vereis esta noche, contestó Margarita, porque ha recibido una carta despues de comer, la cual se conoce que era para alguna cosa urgente, porque salió inmediatamente y no ha vuelto todavia.

—¡Adios, querida Blanca!

—Hasta mañana...

—¡Ya no faltan más que dos dias, que me van á parecer eternos!...

Urbano no podia, por decirlo así, separarse de Blanca, sentia oprimido su corazon.

Los ojos de los amantes se llenaron de lágrimas, y la jóven alargó la mano á su amante, el cual la estrechó con ternura.

—Yo no sé lo que tengo, dijo Blanca, pero hoy me siento más triste que otras veces al veros partir.

—¡Qué niñería! dijo Margarita, ¡parece que no se van á ver en dos ó tres dias!... ¿no va á venir mañana Urbano?... Vamos, vamos, ya es tiempo de retirarse.

Nuestros amantes se estrecharon todavia una vez más las manos, y despues de lanzar un largo suspiro, abandonó Urbano la casa del barbero, y Margarita, despues de cerrar la puerta, subió á la habitacion de Blanca, á la que riñó por su infundada tristeza. Pero no por eso se puso más alegre; pues los esfuerzos de la razon pueden persuadir pero no calmar los temores del corazon.

Haria un cuarto de hora, sobre poco más ó ménos que habia partido nuestro bachiller, cuando llamaron con fuerza en la puerta de la casa.

—¡Ah! sin duda es Urbano, dijo Blanca, como me ha visto triste vuelve para consolarme...

—No es probable, dijo Margarita; quizás será M. Touquet... Sin embargo, me extraña que llame, porque se ha llevado su llave...

—Ve á ver quién es.

—Sí, sí, pero ¿y si no es M. Touquet?... Es muy tarde... Estamos solas y yo no sé si debo abrir...

—¿Quieres que mire por la ventana?... en seguida conoceré si es Urbano.

—Eso me parece más prudente.

Blanca abrió la ventana y miró hácia la calle; la noche estaba muy os-

este le citaría ante el magistrado, que sería un aguador, para pedirle indemnización de daños y perjuicios por haberle prestado dinero.

Por supuesto, que los trabajadores en cuyo favor se quiere hacer esa revolución absurda estarían lucidos. Suprimidos los ricos, suprimida la familia, la propiedad y todo lo suprimible, no tendrían más ocupación que comerse unos á otros.

Repito que parece imposible que se tomen en serio semejantes ideas, y que haya un gobierno que considere dentro de la ley á los propagandistas de la disolución social.

Pero siendo este gobierno progresista, ya se explica su conducta. Un gobierno progresista no sabe nunca lo que hace; de otro modo no podría tener ese empeño en chocar con todas las ideas de orden de la mayoría del país, cosa que siempre tiene que producir su caída.

La corte ha salido de Madrid.

Y se empiezan á recibir noticias sorprendentes, capaces de tirar de espaldas al mismo Coloso de Rodas.

Estos días no puede dejarse de leer *La Correspondencia*; su sección de partes telegráficas, dando cuenta de la recepción que se hace á la corte progresista es de lo más suculento que se conoce.

En todas partes el entusiasmo es frenético; los ancianos lloran, las viejas dan zapatetas en el aire, los niños se desgañitan gritando, las mozas se desmayan y los mozos dan saltos y se deshacen de puro regocijo.

Pero esto no es lo más raro.

En un parte de Játiva decía *La Correspondencia* la otra noche que allí habían acudido los pueblos de muchas leguas. Esto francamente supera á todo el entusiasmo conocido hasta ahora. ¡Cuidado que tiene bemoles eso de irse los pueblos á Játiva, sólo porque ha ido la corte. Una variación geográfica de tal importancia sólo se podía ver en tiempos de progresistas.

Y la cosa es verdad. A mí me escribe un vecino de Villena, que no sabe cómo ha sido, pero que el otro día se halló al despertarse con que su casa estaba en medio de la plaza de Játiva.

Ya habrá leído *La Correspondencia* y visto que su pueblo se ha ido á Játiva.

También dice el mismo parte que el ayuntamiento estaba en la estación con los maceros. ¡Con los maceros

nada menos!... Pero ha omitido redactar la noticia en esta forma: «Estaba el ayuntamiento con los maceros, y los maceros estaban con las mazas y las mazas estaban con los maceros.»

En Játiva ha ocurrido un cosa más extraordinaria todavía. Veán Vds. lo que copio textual del parte:

«Se disparan salvas de *artillería improvisada* por el pueblo.

Sabía yo que se improvisaban décimas y redondillas en las bodas, bautizos y otras solemnidades de las que la *Internacional* tiene en lista para abolirlas, y discursos en las Cortes por diputados que se los han estudiado en casa antes; y en el circo de Price he visto muchas veces la *caballería improvisada*, que consiste en un caballito de mimbres sin patas, con un agujero en medio, por donde se mete un clown; pero *artillería improvisada* no me la había yo imaginado nunca.

Algo hubieran dado los franceses porque el pueblo de Játiva les hubiese ayudado en la última guerra, para improvisar *artillería* que oponer á la de los alemanes; pero de esos milagros no se ven más que cuando la corte progresista se pone en movimiento.

Siga *La Correspondencia* publicando esos partes. Estamos recogiendo los números que los contengan para remitirlos á Julio Verne, que estudiándolos, podrá escribir un viaje con descubrimientos mucho más maravillosos que todos los de sus amenísimos libros.

Pero á bien que en la expedición vá un cronista progresista, que hablará largo y tendido de todo lo que ocurra, y sobre todo de lo que no ocurra.

¿Quieren Vds. más?...

Pues no sé más hoy. Pásenlo Vds. bien y ténganme en su gracia, y dispensen la poca mia.

El tiempo no dá más de sí.

¡EN EL SITIO!...

(NOVELA DE VERANO)

ORIGINAL DE...

(Continuación.)

II.

—Cuando el conde iba á abrir la portezuela de su coche, el desconocido que había salido tras él, se le aproximó.

—¿El conde del Mirlo? dijo.

—Soy yo, caballero.

—Es V. un miserable, conde.

—¿Eh!...

—Es V. un infame. Acabo de oír lo que ha contado usted en el café, y puesto que tan vilmente se ha ultrajado á la señorita Isabel, yo estoy aquí para pedir satisfacción cumplida.

—¿Y V. quién es?...

—Un admirador de esa señorita, un amigo de su honrado padre, un hombre leal, en fin, que no puede consentir esas calumnias.

—Caballero, cuanto he dicho es la pura verdad.

—Aunque lo fuera, es una hazaña digna de hombres cobardes pregonar en público las debilidades de una mujer.

—Yo no tengo que dar á V. cuenta de mis actos.

—Pues bien, señor mío, si tan cobarde se muestra en el peligro quien en todas partes hace gala de su cinismo, veremos si así se niega V. todavía á darme satisfacción.

Y diciendo estas palabras descargó una bofetada sobre la mejilla del conde.

Este corrió á su carruaje, y entrando precipitadamente desapareció á galope.

—Ya ve V., añadió Tenerife, que ese bendito conde siempre ha sido cobarde como yo le decía.

Al día siguiente ya se contaba el suceso en todas partes; se hablaba de Isabel, del desconocido, de la bofetada y de la vergonzosa fuga del conde. Algunos hablaban de un desafío proyectado; otros aseguraban que el conde había huido al extranjero, y mientras tanto el nombre de Isabel iba de boca en boca, y apareció deshonrada á los ojos de todos.

No fué ajeno á lo ocurrido, como es de suponer, el honrado veterano que estuvo á punto de morir del disgusto.

El padre de Isabel era un brigadier retirado, ya lleno de canas, pero todavía fuerte y vigoroso. Una vida honrada que dedicó al servicio de su patria, algunas gloriosas heridas adquiridas en el campo de batalla, y su bondadoso carácter unido á una probidad intachable, le habían granjeado el aprecio de todos. Era querido y respetado. Por esto el escándalo ocurrido le hirió de muerte.

Fuera de sí, en medio de su desesperación, estuvo tentado de matar á su hija Isabel, en quien cifraba toda su ventura, porque era la gloria de su ancianidad.

— 194 —

cura, pero como el amor hace milagros, bien pronto conoció Blanca que no era Urbano el que llamaba.

—¿Quién está ahí? preguntó Margarita sacando la cabeza por la ventana.

—Vengo de parte de M. Touquet, contestó una voz fuerte, el cual me ha encargado una comisión para su hija adoptiva... la señorita Blanca.

—¡Oh! hé aquí una cosa bien rara, dijo Margarita á la joven ¿cómo M. Touquet que os oculta á las miradas de todo el mundo, nos envía un extraño, y á estas horas?...

—Pero Margarita, puesto que nos le envía nuestro protector, preciso será abrirle la puerta... ¿Quizás le haya ocurrido alguna cosa?...

—¿Está solo ese hombre, hija mía?

—Sí, no veo á nadie más...

—Abrid, exclamó en aquel mismo momento el que estaba en la calle, abrid pronto que necesito comunicar en seguida la razón que traigo.

—Allá voy, esperad un momento, dijo la vieja, y vos, Blanca, quedaos aquí.

Margarita después de pronunciar estas palabras, cogió una lámpara, y aunque no muy tranquila, bajó y abrió la puerta, encontrándose con un hombre envuelto en una larga capa y con la cabeza cubierta con un sombrero con plumas.

—Mucho habeis tardado, dijo el hombre de la capa; pero á pesar de eso quiero recompensaros el trabajo que habeis tenido en bajar á abrir.

Y al acabar de pronunciar estas palabras, puso algunas monedas de oro en la mano de Margarita, la cual no sabía si debía tomarlas ó no, pero murmuraba por lo bajo:

—Estas maneras no son de un ladrón.

El desconocido entró con desembarazo en la casa, mientras que la vieja se decía al mirarlo:

—No es esta la primera vez que veo esta figura... su voz la he oído antes de ahora... Me parece que es aquel amigo á quien esperaba tan tarde mi amo hace algún tiempo.

Margarita no se engañaba, porque, en efecto, era el marques que acababa de introducirse en la casa del barbero, después de haber tenido cuidado de enviarle una carta citándole fuera y mandándole que le esperara hasta las diez de la noche.

—Habeis venido otra vez aquí, ¿no es verdad caballero?

— 195 —

—Sí, he venido muchas veces... pero conduceme al lado de tu ama... es menester que yo la vea...

—¿Se ha puesto malo M. Touquet?... ¿Ha tenido alguna cuestión?... ¿Está herido? ¡Hay tantas desgracias en esta ciudad!...

—Tranquilizaos, no hay nada de eso.

Y el marques siguió á Margarita, que le condujo á la habitación de Blanca, y abrió la puerta diciendo:

—Señorita, aquí está este caballero que desea hablaros de parte de M. Touquet.

Blanca dió algunos pasos hacia el desconocido, y el marques entró bruscamente en la habitación; pero al ver á la joven se detuvo y quedó durante algunos minutos inmóvil, contemplando á Blanca.

El aspecto del marques tenía algo que imponía respeto; y aunque entonces su fisonomía no tenía nada de severa, la sorpresa y la admiración que se retrataba en su rostro añadían más fuerza á sus miradas nobles y orgullosas. Blanca bajó involuntariamente los ojos, no pudiendo resistir las miradas del marques, que la examinaba con cuidado, y Margarita no se atrevía á pronunciar una palabra, porque también le imponían las miradas de Villebelle.

—Verdaderamente, vale mucho más que todo lo que yo podía haberme figurado, murmuró el marques como si hablara consigo mismo.

—Caballero, dijo al fin Blanca con timidez, Margarita me ha dicho que teneis que decirme no sé qué cosa de parte de mi protector... ¿le ha pasado alguna desgracia, caballero?...

—No, hermosa Blanca... No, vuestro protector, puesto que os dignais llamarle así, no corre ningún peligro, y yo daría la mitad de mi vida porque tuvierais por mí el mismo interés que teneis por él.

Blanca miró tímidamente al marques como si esperase que éste se explicara mejor, y éste, al conducirla hasta una silla, dejó que se entreabriera su capa, viéndose entonces un magnífico traje, el cual admiró á Margarita que le dijo á la joven en voz baja:

—¡Dios mío!... ¡mirad, hija mía, todas esas piedras preciosas y esos bordados de oro!... Debe ser un gran señor...

—Sí, respondió Blanca á la vieja, también en voz baja, es magnífico, pero me gusta más el traje de Urbano.

Villebelle, que no hacía más que mirar á Blanca, guardó silencio duran-

Pero reflexionando que tal vez el único culpable era el conde, á quien tan generosamente habia tendido su mano y abierto su casa, corrió en su busca decidido á castigar por sí mismo tal infamia, y sin que lograran detenerle las lágrimas de su hija que temia por la vida de su padre y temblaba tambien al pensar que pudiera morir el conde.

El brigadier llegó á casa de este.

—Se ha marchado de Madrid, le dijeron.

—¿Dónde?

—Lo ignoramos.

Al salir á la calle de nuevo el desventurado brigadier encontró al hombre que la noche anterior habia abofeteado al conde.

—¡Ha huido el miserable! dijo el brigadier.

—Aún estamos á tiempo, le acabo de ver.

—¿Dónde?

—En el despacho de diligencias del Norte.

—Corramos, amigo mio.

Efectivamente, en pocos momentos el brigadier y su amigo llegaron al parador de diligencias en el instante en que el conde, disfrazado de obrero, tomaba asiento en el interior del coche.

Al verlos, el conde palideció.

—No te irás, infame, le dijo el brigadier cogiéndole por un brazo.

—¡Señor! balbuceó el conde temblando.

—Desciende del coche y sigúeme, si no quieres que te haga conducir al Saladero.

El conde bajó del coche. La gente se habia agolpado en torno del brigadier.

—No es nada, señores, dijo este á los circunstantes. Este perillan, añadió señalando al conde, es un criado mio que trataba de hacerme una trastada.

Y se alejó seguido de su amigo y llevando del brazo al conde, que estaba más muerto que vivo.

Llegaron á una calle extraviada.

—¿Pensabas, bribon, que no habia de pedirte cuenta de tu ultraje? dijo el brigadier.

El conde callaba.

—Has creído, continuó, que podias burlarte impunemente de mí porque me ves viejo; pues te engañas, aún tengo fuerzas en esta mano para lavar con tu sangre la ofensa recibida. ¡Digna accion de un hombre tan vil como tú! Vender amistad á un anciano, seducir á su pobre hija y vanagloriarse en público de esa hazaña que avergonzaria á un bandido. No, no esperes que te perdone. Necesito tu vida.

—Yo no me bato con un viejo, dijo el conde.

—Me sobran fuerzas para matarte, repuso el brigadier, Di más bien que eres un cobarde.

—Si el brigadier es viejo, añadió el amigo que le acompañaba, aquí estoy yo esperando todavía que se digne V. aceptar el desafio que anoche le propuse.

—Perdon, exclamó el conde.

—Cobarde, mil veces cobarde, dijo indignado el brigadier. Sólo de una manera puedes borrar tu baja accion.

—Hable V., repuso el conde.

—Casándote con mi hija, pobre niña enamorada, á quien tan vilmente has engañado.

—Pues bien; me casaré. Palabra de honor.

—¿Qué honor! No profanes esa palabra. Por fortuna ya no te perderé de vista hasta que se haya celebrado la boda.

—Repito que me casaré.

—Y yo te digo, que es la mayor de mis desgracias tener que darte á mi hija por esposa.

A los quince dias, Isabel Sanchez, la hija del brigadier, se unia para siempre en matrimonio al conde del Mirlo.

(Se continuará.)

EL VIAJE DE MI VECINO.

(Conclusion.)

Cuando vi partir á D. Hipólito en compañía de su mujer, sus hijas, su siemecino y sus mundos, no pude menos de compadecerle, pensando en lo que le esperaba, y hasta rogué á Dios mentalmente que le diera paciencia y conformidad en su peregrinacion á los baños de San Sebastian, que bien habia menester esas virtudes y otras más. Y luego olvidé á D. Hipólito para ocuparme en mi viaje, que hice, gracias á Dios, con toda felicidad, y hace cuatro dias que regresé á mi casa.

Reinaba completo silencio en la de mi vecino, y su-

pusé que todavía estaria la apreciable familia en San Sebastian, y lo hubiera seguido creyendo si la vecina del arañazo no me hubiese puesto en autos de que á los veinte dias habia regresado la familia de D. Hipólito, y de otras novedades de que se hará mencion.

Parecióme que estaba muy en el orden pasar á ver á D. Hipólito y á su estimable familia para enterarme de si les habian sentado bien los baños, cosa que á la verdad, me importaba lo mismo que si se quedara tuerto el Gran Turco; pero este es el mundo; los hombres y las mujeres pasamos la mitad de la vida en tomarnos mucho interes, ó fingir que nos lo tomamos por todo aquello que no nos importa un pito.

Ello fué, que poniéndome camisa limpia y los guantes menos traídos, llamé á la puerta de D. Hipólito, y entré á hacer mi visita.

Recibíome doña Marcelina con insólita gravedad, luego se presentaron sus dos hijas con aspecto dolorido, imponiéndome yo en seguida de que allí pasaba algo grave. Les pregunté por su salud, y me contestaron con un:— Bien, gracias,—que indicaba claramente que si de salud estaban bien, tenian un humor de dos mil diablos.

—¿Y el amigo D. Hipólito?

—En la cama desde que volvimos de los baños. Pase usted á verle. Así se distraerá un rato, porque está de un humor que no se le puede aguantar.

Entré á ver á mi buen D. Hipólito y me le encontré sentado en la cama, inmóvil y con una cara que no parecia sino que todos los demonios le estaban dando pellizcos.

—¡Oh! amigo D. Hipólito, le dije, alargándole la mano.

El quiso alargar la suya, sacando el brazo de entre las sábanas, pero en lugar de darme la mano dió un grito como si le hubiesen clavado un sable de caballería en medio de la barriga.

—¿Qué es eso?... dije.

—Nada, contestó doña Marcelina; que le duele. El tiene la culpa, pues ya le ha dicho el médico que no se puede mover.

Y con esto dieron media vuelta doña Marcelina y sus hijas, y yo me quedé con el enfermo.

—Pero ¿qué ha sido eso, vecino? pregunté al paciente.

—¡Ay! vecino, me contestó; estoy echado á perder. Aquí donde V. me ve, en cuanto me quiero mover, en cuanto nuevo un dedo, parece que me atraviesan con cien lanzas cien hulanos escogidos.

—¿Y es?

—Amigo, los baños... Ya sabe V. que fui á los baños... Yo tenia mucho miedo al agua, porque siempre me habia dicho el médico que la humedad era fatal para mi constitucion, que es peor que la de 1869, pero mi mujer y mis hijas empezaron á decirme que era un cobarde, y que no me pondria nunca bueno si hacia caso de los médicos, y en fin... que me atreví... y me eché al mar.

—¿Y qué tal?...

—Mire V., no sentí gran novedad, y esto me animó tanto que hasta llegué á creer que mi mujer tenia razon; cosa que antes me parecia completamente inverosímil. Me di siete bañitos muy hermosos, y no se puede V. figurar lo bien que estaba yo. Mi mujer tambien estaba loca de contenta, y para celebrar mi ventura haciamos frecuentes visitas al *Cursaal*, donde hay unos conciertos muy agradables, y una *ruleta* muy elegante; lo digo porque la favorece lo más selecto de la sociedad, y como á mi mujer le dá por ahí, ella me incitaba á que jugase y no fuera ridículo. ¡Ay! amigo mio, nueve mil reales y pico se me han quedado en aquella picara *ruleta*.

—Pero, hombre, D. Hipólito, un hombre de las canas de V...

—¡Anda! ¡Anda! ¡pues cree V. que allí no van hombres con canas!... ¡Toma! ¡Y calvos como la palma de la mano!... Yo me arriesgué porque vi muchas personas de respetabilidad, entre ellas, caballeros cruzados y funcionarios elevados... Pero, amigo, ni por casualidad gané una vez siquiera, y en cinco sesiones perdí los nueve mil reales, es decir, nueve mil no fueron, sino sólo ocho mil; los otros mil me los pidió prestados un *caballero*, y los considero perdidos tambien. Para consolarme de estas pérdidas, propuse á mis hijas y señora una expedicion á Bayona. Nunca lo hubiera hecho.

—¿Otra ruleta?...

—No, señor, allí no vi la ruleta, pero vi las tiendas. ¿Quién podia contener á mi mujer y á mis hijas?... Todo lo encontraban bello, encantador y muy barato, muy barato sobre todo, tan barato que tuvimos que comprar allí otros dos mundos para traer todo lo que compraron. No habia quien las separase de los escaparates, y cuando se separaban era para entrar en las tiendas, y yo detras

como un manso cordero, soltando la mosca, y teniendo todavía que agradecer mucho á mi señora é hijas, porque lo que ellas dicen: todo aquello comprado en Madrid, habria costado una tercera parte más. No hay más sino que en Madrid no se hubiera comprado en tres ó cuatro años, y allí se compró en tres dias que estuvimos. Total, siete mil reales.

—¿Irian Vds. á Biarritz?...

—Sí, señor, todas las tardes, en *caleche*, como decia el cochero, y nos sentábamos á contemplar el mar y á ver dar vueltas á la luz roja del faro, porque aquel airecito del mar le gustaba mucho á mi mujer, y á mi tambien, y así me veo yo ahora, y volviamos de noche en *caleche* tambien, cayendo sobre mis pobres huesos aquel agradable relente que ya ve V. cómo me ha puesto.

—Veo que se ha divertido V. poco.

—Ahora sí que lamento no haber tenido carácter y obligado á mi mujer é hijas á hacer la expedicion á Pozuelo, como todos los años.

—Mejor hubiera sido.

—Sí, señor; mi mujer y mis hijas no han tomado, despues de todo, más que un baño en el mar, y los demas en la casa de baños; mi niño se bañó un dia y se le han revuelto todos los humores y está hecho un emplasto, y yo, el que no necesitaba los baños, he sido el que los ha tomado, proporecionándome estos dolorcitos para pasar el invierno entretenido, y Dios sabe si volveré á poder ponerme en pié. Y ademas de todo esto, este año he gastado, entre unas y otras cosas, más de mil duros en el viaje, estando sólo quince dias fuera de Madrid, y los demas años no tenia que hacer ningun gasto extraordinario para ir á Pozuelo.

—He creído advertir, dije, que su esposa de V. y las niñas están de muy mal humor. Sin duda será el disgusto de ver á V. en ese estado.

—Sí, señor, ese es el motivo, dijo el bueno de D. Hipólito, siempre clemente, prudente, indulgente, inocente y conveniente, pero tambien influye en ese mal humor mi resolucion de que pasemos el invierno entero en Pozuelo, para poder ahorrar algo, en cambio de lo que hemos derrochado en quince dias. Si no tomase este partido, amigo mio, me veria en la precision, para pagar esta casa y los teatros y demas diversiones de invierno, de adquirir alguna que otra trampa, y no quiero entrar en ese camino tan concurrido y tan peligroso.

Vea V., pues, amigo mio, las consecuencias de un viaje de capricho y completamente innecesario. Y no le hablo á V. de los mil disgustos que he tenido, de un lance que estuve á punto de tener con un inglés que equivocaba á mi mujer con una que conoció en Triana, en Sevilla, y se la queria llevar consigo, ni de las peloterías de mi mujer con la patrona, ni de que á mi hija mayor se le cayó en medio del paseo una media arroba de pelo ajeno que llevaba por gusto en la cabeza, ni de que se me voló el sombrero en la estacion de Miranda al volver, y tuve, que ponerme, para resguardarme la cabeza, el sombrero de teja de un señor cura que traia gorro, ni de otras mil peripecias desagradables.

Héme convencido, en fin, de que los viajes son para la gente que necesita viajar y que sabe viajar, y que es una tontería salir de Madrid cuando no se hace más que por seguir la moda y hacer lo que hacen los demas.

Y con esto me despedí de D. Hipólito, y luego de las señoras, tan serias á mi salida como á mi entrada.

Esta mañana la familia entera se ha ido á invernar en Pozuelo; el pobre D. Hipólito iba en un colchon, sin poderse mover, pero resignado y conforme; sus hijas y su mujer iban dadas á todos los diablos.

Y aquí termino, pidiendo indulgencia al ilustrado senado; no crean Vds. que me refiero al senado progresista.

PAUL DE KOCK.

Cárlos Paul de Kock, el famoso novelista, ha fallecido en París en la tarde del 31 de Agosto, en la misma vivienla que ocupaba hace cuarenta años, en el *boulevard Saint-Martin*, núm. 8, entresuelo.

Nació en Passy, lindo pueblecito inmediato á París, en los postreros dias de 1793, y comenzó á sufrir desde la cuna las tristes consecuencias de una revolucion desenfrenada y cruel; su padre, Cárlos de Kock, banquero holandés, murió guillotinado en la plaza de la Revolucion.

Educado el niño por su buena madre, quien le destinaba á la carrera del comercio, demostró bien pronto una verdadera pasion por escribir novelas, y cuando

apenas contaba diez y siete años huyó de la casa donde habia sido colocado y se presentó en la arena literaria con una mediana obrilla que ningun editor quiso comprar, pero que fué publicada por el jóven autor.

El éxito fué bastante malo, pero Paul de Kock no se desalentó; al contrario, se dedicó á escribir melodramas espeluznantes, segun lo requeria el gusto depravado de la época, y presentó cinco, uno tras otro, en el teatro del Ambigú, y los cuales han desaparecido por completo.

Y hé aquí que un escritor tan jovial como Paul de Kock *debutó* de una manera bien negra y sombría.

En 1820 fué cuando comenzó esa numerosa serie de alegres novelas que le han dado universal y perpétuo renombre; escribió sin tino, sin descanso, con verdadero furor, y el éxito no le abandonó ni siquiera un momento. Unos volúmenes sucedían á otros, y el público los aguardaba todos con sin igual impaciencia, encantado del buen humor, de la exuberante gracia de que hacia ostentación, cada vez con más audacia y fortuna, el renombrado novelista.

Por espacio de cincuenta años, Paul de Kock ha sido el autor privilegiado de Francia, y ningun otro novelista, ni aun el mismo Dumas, á pesar de sus fantásticas novelas, propias del romanticismo más exagerado, ha podido disputarle ni por un sólo momento el inmenso favor que le concedía el público.

Hacia algun tiempo que estaba delicado, y los últimos dolorosos acontecimientos le afectaron profundamente; su pequeña casa de Romainville, en la cual parece como que el insigne autor habia encerrado todo su espíritu, todos sus recuerdos tristes ó alegres, habia sido devastada por las necesidades de una guerra cruel y sanguinaria.

—¡Esto parece un cementerio!—dijo Paul de Kock cuando pudo ver las ruinas, y su humor se tornó sombrío y su debilidad y malestar se aumentaron de día en día.

Murió, por fin, el 31 de Agosto, y el 1.º del actual debió ser enterrado en el cementerio de la villa de Passy.

Falta aún un detalle: ¡Paul de Kock no tenia condecoración alguna, ni siquiera pertenecía á la órden de la Legión de Honor... ni á la de Carlos III!

CASCABELES

El rey Cakoban, soberano de Tiji, ha enviado á decir al de acá que ha establecido en su reino el sistema representativo.

Enviarle la cruz de Carlos III y una gruesa de diputados progresistas.

Ruiz Zorrilla no ha ido á Barcelona.

Ha hecho bien, porque ir ahora con la nueva corte despues de haber ido ántes á hacer la propaganda de D. Tomasito, hubiera sido ocasionado á recuerdos poco agradables.

Los barceloneses están inconsolables.

Ha fallecido en Biarritz el Sr. Gonzalez Brabo, hombre de elevado talento y muy calumniado por sus enemigos.

No fué afortunado en el gobierno del pais, pero los que han venido á sustituirle en el poder con sus desatinos y torpezas, han logrado hacer bueno aquel gobierno.

Ha muerto pobre y cuando se disponia volver á España.

Dios le haya recibido en su santa gloria, y dé conformidad y resignación á su familia.

En el número próximo continuará el poema *Desde la cuna á la fosa*.

No hay que apurarse porque no vaya en este.

El nuevo periódico político *El Argos* está muy bien redactado, y parece imparcial y comedido.

Viva mil años *El Argos*, y que yo lo vea.

A los individuos de la reserva que se ausenten de los puntos de residencia sin permiso de sus jefes, se les impondrá la pena de servir seis meses en activo, si son solteros, y un año, si son casados.

Esto de agravar la pena á los que sean casados me parece cruel.

Será que el ministro se habrá hecho cargo de que los casados ya están más acostumbrados á todas las penas de este mundo, y no se les hará tan pesada la que se les impone.

En Lisboa se ha organizado una *comision taurómaca permanente*, compuesta de personas de posición, con objeto de dar corriditas de becerros.

¡Qué bonito!

Que envíen á esos señoritos cruces de Carlos III.

Dice *La Independencia Española* que Espartero no ha escrito aún la última palabra de su historia.

Supongo que esta última palabra será una cosa por este estilo:

«¡Qué cargado estoy ya de progresistas!»

Al maestro de Villamuriel de Campos se le deben veintisiete mensualidades. El hombre ha tenido paciencia y hambre veintisiete meses; no tiene tanta resignación ningun político ignorante. Se le ha acabado ya, y ha sentado plaza de mayoral de segadores.

Con que griten Vds. con el apóstol San Manuel Ruiz Zorrilla, ¡viva la libertad!

El Argos ha descubierto que se vende petróleo mezclado con *gas mille*, lo cual produce las inflamaciones que son tan frecuentes.

Ya se sabe, en tiempos de *progreso*, hay libertad para todos los que abusan de ella.

Y de esta conformidad, hacen estos liberales que se llaman radicales odiosa la *libertad*.

A grito herido siguen pregonando los ciegos por las calles, un librito que contiene la lista de ciertas casas... que no hay necesidad de nombrar.

¡Y viva la libertad!

Se quiere fundar otra Tertulia progresista en competencia con la de Carretas, 14.

¡Jesus! ¡Qué politiquillos tan enredadores!

Barcelona 2 de Setiembre de 1871.—Sr. Director de *Los Niños*.—Mi estimado amigo: los dos paquetes que remitió V. en 29 de Mayo certificados, no han llegado todavía; pero no tenga V. cuidado, que hoy salimos mi dependiente y yo con dos farolitos á recorrer á pié el camino desde aquí á Madrid, y será fácil que los encontremos.

De V. afectísimo amigo, *El corresponsal*.

Dicen los periódicos que hay un director de una dirección que no existe, el cual cobra 50.000 reales de sueldo.

¡Anda! ¡anda!

De esas gangas no encuentro yo ninguna.

Como no soy político...

Dice *La Constitucion*, periódico del magnífico señor de Rivero, que los que opinan que á la nivelación de los presupuestos se llega por las reducciones, *no tienen sentido comun, y entre estos desgraciados se encuentran las Cortes*, etc.

Yo no me hubiera atrevido á decir que los diputados no tenían sentido comun, pero diciéndolo el periódico de uno de los más empingorotados diputados, no tengo ya inconveniente en decir que hace tiempo lo habia advertido yo.

El Argos pregunta dónde están los leones que se estaban fundiendo en Sevilla para el pórtico del Congreso.

Y yo pregunto: ¿dónde están los magníficos sepulcros donde se iban á conservar los restos de los hombres célebres traídos á Madrid, con gran lujo de percalina y flores de papel?

CHARADITA.

La primera con la cuarta en certámen académico encontrarás de seguro y en discursos del Congreso;

cuarta y tercia bien te sabe con pan blanco y vino añejo; segunda y cuarta habrás visto en escudos de guerreros y en banderas y en papeles en otros y en estos tiempos; de tercia y cuarta te pueden componer un cocimiento, y dártelo con primera si te sientes indispuerto; cuarta y prima te darán ó darás en algun juego, y el todo, sin tener piernas, corre tanto que es portento, y vuela, sin tener alas, y más señas dar no quiero.

ANUNCIOS

LOS NIÑOS

REVISTA DE INSTRUCCION Y RECREO

DIRIGIDA POR

Don Carlos Frontaura

Se han publicado tres tomos, y ha comenzado la publicación del 4.º

Salen tres números al mes, impresos en magnífico papel, con profusión de bellos grabados.

En los tres tomos publicados aparecen las firmas de los hombres mas eminentes de España.

Precios: en Madrid 12 reales trimestre, 22 semestre y 40 año; en provincias 15, 28 y 50 respectivamente.

Los tomos publicados se venden á 24 rs. en Madrid y 30 en provincias. Dirigir los pedidos de Madrid y provincias á la Administracion, plaza de Matute, 2.

PÓLIZAS SE COMPRAN.

Porvenir de las familias, Tutelar, y señalamiento de las mismas, Caja U. de Capitales, C. de la Nacional, Crédito Comercial, Peninsulares, y otros valores. Montera, 32, tabaquería. (8)

PASTA PECTORAL DEL DR. ANDREU, remedio seguro para todos los que padecen de

TOS catarras, ronqueras, bronquitis, asma y demas afecciones de pecho agudas ó crónicas, facilitando en todos casos la expectación. **TOS**

Es el medicamento más cómodo y agradable que se conoce, y sus resultados son tan positivos, que á las primeras tomas el enfermo siente ya un gran alivio que le sorprende y anima.

Vale 8 rs. caja en toda España.

Depósito central, Farmacia del Dr. Andreu, Barcelona.—En Madrid, el doctor Simon.—Sevilla, Lopez Blesa.—Valencia, Dr. Aliño.—Zaragoza, Miret.—Valladolid, Ramon H. Huerta.—Pamplona, Dr. Gil y Colmenares.—Logroño, Zardoya.—Málaga, Prolongo.—Córdoba, Cerrillo.—Cádiz, Farmacia de las Columnas.—Jerez, Ortega.—Bilbao, Pinedo.—Cartagena, Rizo.—Santander, Marañon.—Santiago, Blanco Navarrete.—La Coruña, Villar.—Vigo, Fernandez Varela.—Ferrol, Galan.—Gijon, Rodriguez San Pedro.—Ciudad-Real, Obon.—Alicante, Bellido.—Las Palmas (Canarias), Alsina.—Oviedo, Diaz Argüelles.—Alcoy, Giner.—Barbastro, Cervero.—Ubeda, D. José de la Peña.—Murcia, Quegles.—Castellon, Fabregat.—Palencia, Fuentes é hijo.—Almería, Lopez.—Palma de Mallorca, Bestar.—Mahon, Sintas.—Ibiza Cardona y demas principales Farmacias de España. Véanse los anuncios

POMADA REGENERADORA.

INVENTOR MELENDEZ.

Esta privilegiada composición es la única que devuelve al cabello su primitivo color rubio, castaño ó negro, y probada por los más distinguidos facultativos de España y del extranjero. Depósitos en Madrid, Puerta del Sol, núm. 5, Portería, Concepción Jerónima, 18, y Atocha, 87. Se dan prospectos gratis.—j—1

LIBROS QUE SE HALLAN DE VENTA

EN LA ADMINISTRACION DE EL CASCABEL.

Plaza de Matute, núm. 2.

LA FONTANA DE ORO, novela preciosa elogiada por toda la prensa, original de D. Benito Perez Galdós. Un tomo de 410 páginas 12 rs. y 14 para provincias.

VIJE CÓMICO Á LA EXPOSICION DE PARÍS, por D. C. Frontaura. Un tomo de 300 páginas, con láminas, 4 rs. en Madrid, 6 para provincias.

LAS TIENDAS, diálogos humorísticos por D. C. Frontaura. Un tomo de 300 páginas, 4 rs. en Madrid, 6 para provincias.

ROMANCES POPULARES, por D. C. Frontaura. Un tomo 4 rs. en Madrid y 5 para provincias.

EL CABALLO BLANCO, estudio de costumbres teatrales, por D. C. Frontaura, 4 rs. en Madrid y provincias.

HISTORIAS TRISTES, por D. C. Frontaura, 2 rs. en Madrid y 3 en provincias.

De las obras de D. C. Frontaura tituladas CARICATURAS Y RETRATOS, COSAS DE MADRID Y GALERÍA DE MATRIMONIOS, quedan poquitos ejemplares, y se va á proceder á su reimpression. Precio de cada una 8 rs. en Madrid y 10 en provincias.

JULIO FAYRE Y EL CONDE DE BISMARCK, por D. E. Castelar; un folleto con un retrato en acero, 10 rs.

A. TRIENS Y A. DUMAS, por D. E. Castelar. Un folleto con un retrato en acero, 10 rs.

DON JUAN PRIM, por D. E. Castelar, con un parecido retrato del general, 10 rs.

ALMANAQUE DE JUAN PALOMO para 1871; un bonito libro impreso en la Habana, 10 rs.

CONSEJOS Á LAS MADRES. Utilísima obra para criar sanos y robustos á los niños. Un tomo de 20 pliegos, 8 rs.

ELEMENTOS DE FORTIFICACION PASAJERA, libro escrito y dedicado á los señores oficiales de las armas generales, por el coronel D. Emilio Bernaldez. Un tomo 10 rs.

DE DOCE Á UNA, por D. R. Sepúlveda. Un tomo 8 rs.

LAS RIQUEZAS DEL ALMA, novela de Doña Angela Grassi. Dos tomos 10 rs. en Madrid y 12 en provincias.

ROMA Y EL CATHOLICISMO, por D. Carlos María Perier, ex-diputado á Cortes. Un folleto 3 rs.

MADRID.—1871.

IMPRENTA, CALLE DEL CID, 4. (BARRIO DE RECOLETOS.)